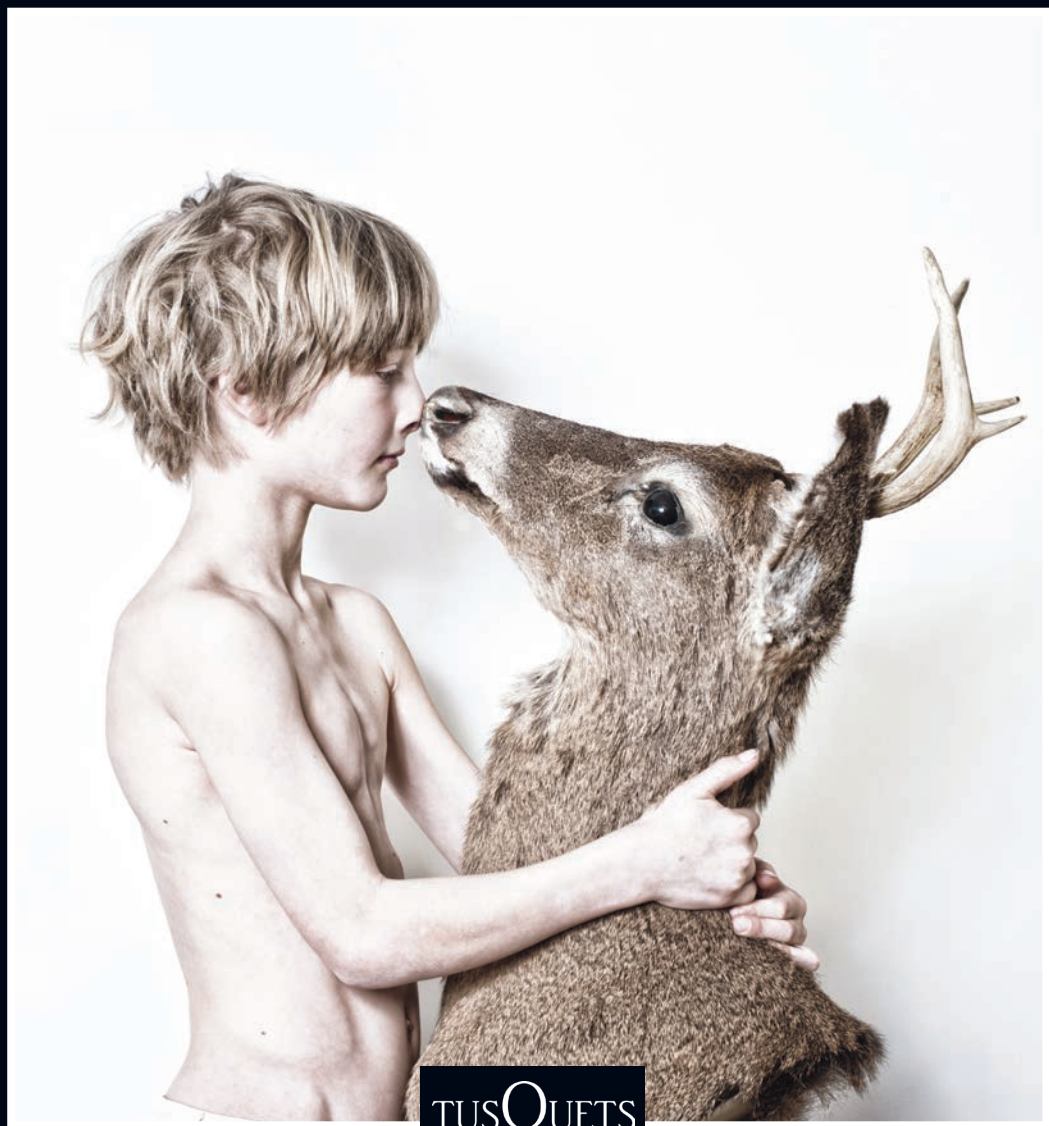


Betina González
AMÉRICA ALUCINADA

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

BETINA GONZÁLEZ
AMÉRICA ALUCINADA

TUSQUETS
EDITORES

1.ª edición: febrero de 2017

© Betina González, 2016

Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. – Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-9066-373-8
Depósito legal: B. 591-2017
Fotocomposición: Víctor Igual, S. L.
Impresión: CPI
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Índice

Capítulo 1	13
Capítulo 2	35
Capítulo 3	55
Capítulo 4	79
Capítulo 5	103
Capítulo 6	123
Capítulo 7	143
Capítulo 8	157
Capítulo 9	177
Capítulo 10	199
Capítulo 11	215
Capítulo 12	233
Nota de la autora	251

Capítulo 1

El día que descubrió a una mujer escondida en uno de sus armarios, Vik había soñado que ganaba un torneo de *ping-pong*. Los dos hechos no estaban relacionados, excepto por el sentimiento de triunfo seguido del asco, que era más o menos el mismo. Entrar a su casa midiendo sus pasos, acercarse a la puerta del clóset y apoyar la oreja en la madera equivalía a la calculada, perfecta trayectoria de su brazo en el sueño, que colocaba la pelota fuera del alcance de su adversario.

En ese momento, en el que el suspenso de esos días estaba al fin por acabarse, su oído registró —a pesar de las dos pulgadas de roble que se interponían entre él y su descubrimiento— el sonido de una carcajada. Vik se alejó de la puerta del armario como si hubiera recibido una descarga, perdió el equilibrio y recién entonces recordó el sueño. Sobre todo la cara de su contrincante, un hombre mayor, que se quitaba los lentes y se limpiaba el sudor con el antebrazo. Mientras la gente aplaudía y gritaba, el hombre sacudía la cabeza de un lado a otro sin comprender cómo ese niño de diez años acababa de vencerlo en su juego favorito.

Vik, que jamás había jugado al *ping-pong*, y que tenía exactamente cuarenta y un años, había despertado de ese sueño sintiéndose enfermo o estafado, como si hubiera

salido de una operación en la que un órgano le hubiera sido extirpado sin su consentimiento. Por suerte, su cerebro, equipado con decenas de reacciones químicas protectoras, se encargó de descartar las imágenes y su agria incomodidad tan pronto como Vik hubo salido de la ducha. Sabía lo que debía hacer. Se secó y se vistió conservando una minúscula aprensión en el pecho. Como siempre, salió de su casa a las siete y cuarenta y cinco, no sin antes revisar las ventanas y el complicado sistema de cámaras que había instalado el día anterior.

En realidad, el sistema no era tan complicado. Pero dado su total analfabetismo tecnológico, había tenido que contratar a alguien para instalarlo. Se trataba de dos cámaras, una en la cocina y otra en el pasaje entre el dormitorio y el baño, que enviaban imágenes a su teléfono celular. El instalador —que tenía un negocio sobre la avenida Grandville— lo había felicitado y le había asegurado que hoy en día muchos propietarios estaban optando por ser los guardianes de su propia casa. «Uno nunca sabe lo que pasa cuando se cierra la puerta de entrada», había dicho mientras estrechaba la mano de Vik más fuerte de lo necesario.

Días atrás, Vik ni siquiera tenía un teléfono celular. Ahora tenía uno con la carpeta de «contactos» absolutamente vacía. Con frecuencia se había preguntado qué urgencias obligaban a algunos a manejar con el aparatito adherido al cuello o a exponerse a que un vendedor de parcelas de cementerio les amargara para siempre un día de sol. Ahora lo sabía. Ahora él era uno más. ¿Qué sería lo próximo? ¿Comer en restaurantes? La idea lo hacía estremecer. Entrar en uno de esos comederos, donde la gente se amontona para devorar sus almuerzos, o en esos lugares

con música de orquesta que sin embargo no alcanza para disimular el ruido de cuarenta, cincuenta mandíbulas trabajando al unísono... No. Sin duda eso sería demasiado.

El primer día anduvo olvidado de todo el asunto, con el teléfono metido en el bolsillo del saco. Recién cuando sonó con estrépito exagerado en medio del silencio del taller, recordó que lo tenía. Era el instalador. ¿Quién más iba a ser? Llamaba para verificar que todo estuviera en orden. «Todo en orden», mintió Vik. Acababa de registrar en la pantalla que reproducía su cocina la desaparición de un trozo de pan de nuez que esa mañana había dejado deliberadamente sobre la mesa. El problema era que lo había colocado casi fuera del ángulo de visión de la cámara, con lo cual, en la imagen que ahora le mostraba su teléfono, sólo podía detectar su ausencia haciendo un gran esfuerzo. El ladrón había caído en la trampa, pero había quedado fuera del cuadro. En medio de su frustración, Vik sintió algo de alivio. No tenía planeado qué haría cuando lo descubriera. Más bien, hubiera querido deshacerse ahí mismo del teléfono. En cambio lo dejó sobre su mesa de trabajo, hipnotizado por el poder de la luz azulada que emitía el visor.

Todavía pendiente del aparato, volvió a la serpiente que había estado reparando durante todo ese mes. Las cajas con las donaciones de otros museos y los viejos Ploucquets se amontonaban sobre una gran mesa de madera. Cualquiera podía darse cuenta de que estaba atrasado. Esos días llegaba al taller casi sin fuerzas y le costaba muchísimo concentrarse. Le sorprendía que Miss Beryl no le hubiera hecho ya algún comentario. ¿Qué diría si supiera que ahora también tenía un celular? Sería darle ocasión para toda clase de preguntas y suposiciones.

A los demás les encantaba oír cualquier cosa que Miss Beryl tuviera que decir. Parecían creer que había algo naturalmente simpático en esa viejecita que nada más hablaba de lo que veía en televisión, de su infancia en las montañas y de la vida privada de los demás, todo condimentado con un poco de darwinismo práctico, grandes dosis de desconfianza ante cualquiera que tuviera un pasaporte o un título universitario y una nostalgia lastimosa por esos viejos tiempos que ya no volverían. Miss Beryl era una catástrofe en potencia. Una palabra de más y en cuestión de minutos todo el museo se enteraría de que alguien entraba en su casa, se robaba su comida y hasta se bañaba en su baño.

Vik no podía precisar cuándo había empezado todo eso. Probablemente unas noches atrás, cuando, al regresar del gimnasio su casa olía a sándalo. No recordaba haber puesto un sahumero antes de salir. Y el sándalo no era su favorito. Después de mucho revisar, había descubierto la caja con los inciensos abierta sobre uno de los sillones. Sin darle mucha importancia, fue hasta el baño, se desvistió y se metió directamente en la ducha. Las pocas calles que tenía que caminar desde la parada del autobús habían sido difíciles. Había llovido y eso siempre lo demoraba. Prefería tomarse su tiempo antes que arriesgarse a una mala jugada del bastón y una caída segura frente a sus vecinos. Sobre todo porque él insistía en usar esos zapatos de cuero que realmente no eran para ese clima. Su médico le había sugerido que pensara en algo «más adecuado». ¿Qué esperaba? ¿Que usara esas zapatillas abominables con las que los adolescentes se sentían más ágiles, más fuertes y más malos?

Igual que los frascos en su mesa de noche o la media

hora de ejercicios a la que se sometía diariamente, Vik sabía que todas esas cosas sólo servían para calmar la ansiedad de sus doctores. Lo cierto era que su sistema nervioso se estaba descomponiendo desde hacía años y nadie sabía por qué. Tenía una colección de tomografías que mostraban fragmentos de tejido flotando sin ningún orden alrededor de su columna. Parecían peces o seres malignos. Como si fueran parte de un diseño alternativo con el que su cuerpo hubiera elegido colaborar; líneas inteligentes y translúcidas que componían el contorno agudo y sin fondo de la palabra «dolor».

A pesar de saber que esos ejercicios eran inútiles, Vik seguía al pie de la letra las instrucciones de los médicos. Como a cualquiera, le gustaba caminar y quería poder seguir haciéndolo. Pero cuando salía del gimnasio, estaba tan cansado que tenía que tomar el autobús por sólo doce calles. Eso lo ponía invariablemente de mal humor. No tenía paciencia con los gordos que ocupaban dos asientos, los viejos en sillas de ruedas, la gente de la calle y los locos que rezaban en voz alta. Traían consigo el rumor de las cosas muertas, de la ciudad que ya empezaba a desmoronarse bajo las luces de neón.

Tendría que haberse dado cuenta esa misma noche. Pero estaba demasiado cansado. Ni siquiera tuvo fuerzas para prepararse algo de cenar. Al salir de la ducha, sintió que algo vagamente repulsivo le rozaba un talón. Movié el pie tan rápidamente que casi perdió el equilibrio. El agua terminó de drenarse y el círculo de metal del desagüe mostró su evidencia: un rulo jabonoso de largos pelos negros. No tuvo coraje para agacharse y examinarlo de cerca. Se pasó una mano por la cabeza, constatando que no había perdido de repente un mechón entero. Al fin

decidió que debía ser pelusa o mugre acumulada. ¿Si su cuerpo había decidido deshacerse de sus tejidos, por qué no del pelo? Se prometió limpiar a fondo uno de esos días. Se puso un parche de morfina en el hombro derecho, se calzó los auriculares con música del océano y se acostó, como siempre, a las ocho y media de la noche.

La limpieza no era una de sus prioridades. Casi nunca tenía energías para ocuparse de la casa. Prefería guardarlas para la ropa, que llevaba impecable. Durante los últimos años se había entrenado para mantener su desorden al mínimo. Cada objeto volvía a su lugar inmediatamente y hasta podría jurar que usaba siempre el mismo tenedor y el mismo plato. Eso no impedía que de vez en cuando apareciera algún zapato desamparado debajo de un almohadón o detrás de alguna silla, signo de algún día en que las fuerzas lo abandonaron demasiado pronto. En su casa se respiraba un aire detenido, oscuro como la madera de los muebles y las esencias que hervían en el quemador junto a la puerta de entrada. Una fina capa de polvo cubría las habitaciones, desde las fotografías de sus padres en la biblioteca del comedor hasta las tacitas de plata colonial sobre la mesa de café. Varias veces había pensado en contratar a una sirvienta, pero había llegado a la conclusión de que era un gasto innecesario.

El momento que más disfrutaba era la mañana. Entonces se sentía poderoso. Las diez horas y media de sueño lograban engañar a su cuerpo por un buen rato y se levantaba lleno de amor por el mundo. O al menos por el cielo gris de la ciudad, los pájaros que todavía cantaban a pesar del frío y la nieve, que caía como un regalo sobre el antepecho de su ventana. No se levantaba enseguida. Pasaba un rato más acostado, viendo las noticias

o simplemente meditando, a veces todavía atrapado por los restos de algún sueño. Recién a las siete empezaba a salir de la cama. Iba hasta la cocina y comía algo de fruta o cereal. Leía un rato. Se duchaba. Elegía con cuidado su ropa —a veces probaba una o dos combinaciones antes de decidirse— y salía rumbo al local de la esquina, donde compraba siempre lo mismo: una taza grande de café negro con mucha azúcar.

Probablemente todo eso había hecho de él una presa fácil. Eso pensaba ahora. No debería haber persona en el mundo con una rutina tan rígida como la suya. Caminaba siempre por las mismas calles. Volvía siempre a la misma hora. Nadie venía a visitarlo, excepto su hermano. Pero eso ocurría una o dos veces al año, cuando Prasad hacía una pausa entre sus viajes de negocios y manejaba las doce horas de ruta que los separaban. Consideró la posibilidad de que todo fuera una broma. Pero ¿de quién? La idea de que alguien pudiera verlo como a una víctima lo enfurecía. Mucho más que los robos que había ido comprobando en los cuatro días que siguieron a su encuentro con el mechón de pelo. Siempre era algo de fruta o pan. O la botella de leche, que ahora no le duraba nada. Una vez desapareció la mitad de una bandeja de uvas que había comprado en el camino de vuelta del gimnasio. Una noche encontró migas sobre la cama. Y una toalla (color rosado con bordes amarillos) no aparecía por ninguna parte.

Todo se reducía a averiguar por cuál de las ventanas entraba el ladrón. Pensó en colocar rejas, pero hubiera sido desastroso para el estilo de la casa. ¿Y si el intruso tenía una llave? Había oído historias de personas obsesionadas con su vieja propiedad. Gente que perdía la razón

y volvía a la casa de su infancia como si los años no hubieran pasado. Aunque había cambiado la cerradura, la idea era demasiado inquietante como para descartarla con uno o dos razonamientos tranquilizadores. Tal vez hubiera preferido descubrir que se estaba volviendo loco. Hubiera sido mucho mejor. Entonces no tendría que preocuparse por asegurar las ventanas cada vez que salía ni hubiera tenido que contratar al instalador de cámaras de vigilancia.

Porque ahora tenía un teléfono rojo que podía sonar en cualquier momento. Ahora se atrasaba en su trabajo, estaba siempre de mal humor y el simple acto de acostarse por las noches era como entrar en una sala de ejecuciones. Ahora revisaba mentalmente el contenido de su refrigerador, se quedaba más tiempo del necesario en el gimnasio y dejaba pasar uno o dos autobuses antes de decidirse a regresar a su casa. Cualquiera podía ver que dormía mal, que el mínimo ruido lo sobresaltaba y que las mañanas no lo encontraban lleno de amor por el mundo.

¿Hasta dónde podía llegar todo eso? Una sola cosa era segura: se había convertido en un hombre que espía su propia casa.

Mi primer ciervo todavía tenía pintas en el lomo. Lo maté con un Marlin 336. Entonces yo no lo sabía, pero las pintas significaban que el animal no tenía más de seis meses. Se supone que es ilegal cazarlos tan jóvenes. Papá no me dijo nada de eso. Me felicitó y masajé un rato mi hombro, donde el rifle, después de varios días de práctica intensiva, me había dejado un moretón azul.

Muchos años pasaron antes de que volviera a la tarea.

Tantas cosas pueden ocurrirle a una chica en una ciudad como esta. Especialmente cuando se llega a cierta edad. La gente te pasa por al lado y frunce la nariz como si fuera capaz de oler los miles de células muertas que una carga adentro, los pedazos microscópicos de piel que vas dejando como un rastro, igual que las babosas o los caracoles. No es cierto. No todo dentro de mí se está descomponiendo. Aunque a veces quisiera darles la razón. No hay nada peor en el mundo que alguien que te devuelve tus miedos envueltos para regalo. ¿Por qué no, entonces, darles una muestra de lo que les espera a la vuelta del camino? La mayoría actúa como si fuera invencible. Como si tuvieran todo el tiempo del mundo para decidirse entre la leche totalmente descremada y la que tiene nada más que dos por ciento de grasa y suficientes vitaminas para que el momento en que una sea incapaz de contener su propio pis se vaya dilatando infinitamente. A veces pienso en hacer algo terrible: detener a la tipa que avanza con su carrito delante de mí, el crío bien aferrado para que la bruja no se lo coma y soltar un grito directamente en la cara pecosa del niño que cree que soy una especie de máscara de Halloween o una pila de ropa sucia que alguien se olvidó de recoger. Se me han ocurrido (se me ocurren) cosas peores. Alguien debería empezar por darles lecciones de supervivencia, por lo menos. La familia promedio en este país desperdicia doce kilos de comida por año. Es un hecho. Por no hablar de las toneladas de basura que producen. Y todos los días, antes de irse a dormir, creen que pueden solucionarlo con poner sus diarios y revistas en un cajoncito azul, las botellas de vidrio en uno rojo y el resto en el tacho de basura. Y sueñan con una casa más grande, con salir en las revistas,

con penetrar al fin a sus mujeres por todos sus agujeros. Son como niños. No sobrevivirían solos ni por unas horas. A la mañana siguiente se suben a sus camionetas enormes y se olvidan de todo.

Cuando los ciervos empezaron a atacar a la gente, nadie pensó que fuera lo suficientemente importante para sacarlo en la televisión. Sólo unos pocos nos dimos cuenta de lo que eso significaba: otro signo de nuestra debilidad. Los demás siguieron plantando tomates, vigilando sus ingestas de fibra y leyendo noticias sobre Medio Oriente. Ni siquiera cuando empezaron a caer por decenas reaccionaron. Siguieron creyendo en las promesas de los ecologistas, en el gobierno, en las lecciones de salsa una vez por semana. Habrán leído el caso de Ron Duda como quien lee sobre la mutación de una mosca en un lejano país tropical, o una enfermedad exótica que, gracias a Dios, sólo afecta a la gente de un solo ojo o a los que estamos siempre a punto de caer de las estadísticas en el suplemento del domingo. No se les ocurrió que Duda podía ser uno de sus vecinos, otro más al que las cercas y los intercomunicadores no lograron proteger de su amor por la naturaleza.

Ron Duda tenía una casa al borde del bosque, una esposa frágil como papel celofán y demasiado tiempo libre. Quién sabe si para mantenerse activo y saludable o para impresionar a sus amigos con sus espaguetis caseros, tenía también una huerta en la que cultivaba tomates, berenjenas y albahaca. Invertía bastantes horas a la semana en mantener a raya al bosque. Claro que el bosque insistía en crecer más allá de sus planes, que nada más incluían las treinta y dos acuarelas que su mujer había hecho de la vista desde su salón comedor y un par de

excursiones educativas al río, donde sus nietos se ensuciaban mensualmente las manos y aprendían que no todo lo bueno y bello en la vida viene con un código de barras. En estas y otras cosas del mismo calibre pensaría el buen Duda la mañana en la que, agachado sobre sus tomates ciento por ciento orgánicos, fue sorprendido por un macho de seis astas.

Ni siquiera debió de tener tiempo de incorporarse. Uno de los cuernos le desgarró la mejilla hasta el hueso y otro le entró por la boca. Un coágulo de sangre viajó inmediatamente hasta sus pulmones. Duda se arrastró desde el cantero hasta las puertas vidriadas del salón comedor, donde su esposa acababa de servir dos tazones de cereal. Tres días después, murió en el hospital por culpa del coágulo. Su esposa declaró que el venado medía al menos un metro sesenta de altura y tenía una cicatriz en el cuello.

A nadie se le ocurrió ir en busca del animal, aunque sí cambiaron las rutas de los autobuses escolares y algunos vecinos patrullaron la zona por un tiempo. A los pocos días se habían olvidado de todo. Pero algunos de nosotros ya empezábamos a prepararnos.

En una ciudad en la que los ciervos hace rato superan en número a los humanos, los demás casos no tardaron en llegar. En el estacionamiento de un centro comercial, una hembra mordió a una joven cuando iba a subirse al coche. La mujer se defendió con un paraguas pero el venado igual pisoteó la bolsa con sus compras, reventó sus cremas antiarrugas, hizo polvo unos centros de mesa y se fue masticando un buen trozo de su brazo. En los parques de la universidad, varios estudiantes reportaron moretones, huesos rotos y retrasos debido a distintos ataques a la hora del almuerzo. Las autoridades consideraron res-

tringir la visita a los dos cementerios de la ciudad, invadidos ya hace rato por los ciervos. Las emboscadas en las tumbas son tan frecuentes que la gente ya ni se molesta en denunciarlas. Algunos van a visitar a sus muertos armados con palos. Otros ni siquiera se animan a bajarse de sus autos y arrojan sus flores y sus rezos desde las ventanillas. En el otro extremo de la ciudad, al menos un ciclista y un corredor fueron atacados por una hembra que juzgó que la Avenida de los Cuatro Vientos no era el mejor lugar para que los humanos se deshicieran de sus calorías. Así están las cosas.

Pero ningún caso fue tan espectacular como el de Emilia Bourdette. Si la historia de Ron Duda no llegó a la televisión, la de Emilia, en cambio, levantó olas de protestas por toda la ciudad. El incidente ocurrió antes que el de Duda, en medio del verano, cuando las rosas y petunias de Emilia estaban en flor y acababan de nacer cientos de cervatos. Una mañana, Emilia salió al jardín con sus herramientas de trabajo y descubrió no sólo dos canteros totalmente destruidos sino al culpable —un cervato de unos meses— sentado cómodamente sobre un tercero. El animal ni siquiera se movió cuando la vio acercarse, lo cual irritó aún más a Emilia que, como buena chica del Sur, creció acostumbrada a tratar con toda clase de plagas. Una chica de ciudad hubiera reaccionado diferente. En cambio, Emilia levantó la pala y le acertó al ciervo un golpe de lleno en la cabeza. No pudo parar. Siguió y siguió hasta que el animal no fue más que una masa de carne, pelos y sangre entre los pétalos amarillos.

Nunca se supo quién llamó a la policía. En un barrio como el nuestro, lleno de viejos con tanto tiempo libre, no cuesta demasiado imaginarse cómo sucedieron las co-

sas. Además, Emilia nunca ha sido precisamente la más popular entre nosotros. Es de esas mujeres que sacuden el árbol genealógico en cada conversación hasta que de sus ramas caen uno o dos duques franceses o algún escritor con apellido de condimento para ensalada. La policía estuvo interrogándola durante horas. Finalmente, la acusaron de crueldad animal. Se organizaron campañas. Grupos de jóvenes desfilaron frente a las oficinas de Caza y Pesca con carteles que pedían la pena máxima (una multa y dos meses de servicio comunitario). Otros pegaron carteles por todo el vecindario con imágenes de Bambi y leyendas que decían: «Abuelita, no me mates» y «Al infierno con Bourdette». Un verdadero circo.

Ni siquiera los cazadores la defendieron. ¿Y cómo iban a hacerlo? El incidente va en contra de todas las reglas del deporte. Algunos salieron en televisión explicando el arte de perseguir a un mismo venado durante días. Otros invocaron la ética profesional y la necesidad de conocer la anatomía cérvida para provocar el menor sufrimiento posible en las presas.

A mí todo el asunto terminó por asquearme. Esos jóvenes escandalizados son los mismos que vienen a las recepciones de beneficencia en el museo, los que dejan que sus críos revuelvan los cajones de la tienda y jueguen a las escondidas entre las esculturas de la planta baja. Mientras sus padres, armados de varias copas de champán y tres variedades de canapés, salvan al mundo de la comida con antibióticos y de la tala de la selva amazónica, las manitos endulzadas resbalan por lámparas de cristal de más de cien años, arruinan los cortinados, enchastan una reproducción de un Dalí o un Rothko y roban postales y miniaturas.

Pero algún día ellos también empezarán a perder el tres por ciento de la función orgánica por año. Algún día les parecerá que es posible sentir cómo dentro de sus cuerpos todo el tiempo algo se muere. Entrarán en pánico. Dejarán de pensar en los ciervos para ir al gimnasio al menos tres veces por semana. Intentarán unas vacaciones en Tailandia, autos a toda velocidad, el sexo azaroso con jovencitas o con tipos que ni siquiera hablan su mismo idioma. Hasta que eso también se pruebe inútil. Igual que el yoga y la pacificación de las mentes. Entonces llegará el tiempo de los médicos, jóvenes muy simpáticos casi siempre preocupados por las ballenas del Atlántico Sur que, sin dejar de mirar el chat en sus computadoras, les confirmarán el diagnóstico irreparable: ya no hay nada ni nadie a quien esperar. Para entonces ni siquiera tendrán bosques adonde huir de sus vidas complicadas. Y descubrirán que nada de eso era tan importante.

Mi primer ciervo todavía tenía pintas en el lomo. Lo maté con un Marlin 336. Y volvería a hacerlo. De hecho, eso es lo que hacemos todos los fines de semana.

La primera noche que pasó sola en el departamento de la calle Edmond, tuvo cuidado de encender el televisor y una de las lámparas. Se quedó dormida en el sillón. A la mañana siguiente, su madre todavía no había vuelto.

La segunda noche fue igual.

Y la tercera.

Tres días comió las sobras de un pollo y durmió en el sillón para no alterar en nada el equilibrio de esa vida a la que Emma Lynn podía regresar en cualquier momento. Siguió yendo a la escuela, tratando de actuar con nor-

malidad, de no pensar en nada. Cada vez que la duda irrumpía en medio de la clase o de las discusiones con sus compañeras, trataba de cercarla con un grito de guerra, una torsión de cuello o un tirón de pelo. Es cierto que algunos chicos la vieron morderse un brazo o murmurar dos o tres palabras al viento, pero estaba segura de que ninguno había llegado a pensar que se había convertido en una abandonada.

Los desadaptados abandonaban a sus hijos en lugares públicos, a veces sin previo aviso, a veces con premeditación. Era parte del llamado. Cada vez ocurría con menos frecuencia, pero ocurría. Los depositaban en la puerta de una iglesia o de una escuela. Más frecuentemente, en el edificio del gobierno municipal. Nunca se les ocurría dejarlos con algún pariente: eso traicionaría el gesto. Parte de la idea era que renunciaban al deber de la paternidad o de la maternidad y regresaban a los niños a sus legítimos encargados. Era como una huelga general de padres. Maldecían el día en que habían colaborado trayendo miembros a esa sociedad decadente y esperaban que la renuncia algún día desbordaría a esa misma sociedad desde dentro y acabaría por derrumbarla.

Pero ese día no llegaba nunca. El gobierno había ideado varias maneras de lidiar con los abandonados. Al principio los había destinado a los orfanatos, pero la gente empezó a quejarse, a pedir que los huérfanos comunes no fueran confundidos con los hijos de esos locos. Se construyó un albergue especial para alojarlos. También se crearon granjas y fábricas para aprovechar a los mayores como mano de obra. Tal vez eso tuvo algún efecto en los disidentes, les demostraba que el sistema tenía mil y una formas de transformar sus protestas en materia producti-

va. Cada vez eran menos y se limitaban a mantenerse al margen. Predicaban la invisibilidad social como una forma de resistencia y de vez en cuando intervenían el paisaje urbano con obras de arte destinadas a despertar a la ciudad del «sueño letal capitalista». Se decía que el grupo original era el único que subsistía, no más de diez o doce que evadían con facilidad a la policía, demasiado ocupada en los crímenes comunes de una ciudad con el treinta por ciento de sus casas vacías y en la que el desempleo seguía creciendo.

A pesar de que el gobierno mostraba que los números de abandonados iban en baja, los casos espectaculares todavía salían en los diarios, sobre todo porque el paso de los años le había quitado al grupo su barniz revolucionario y ahora todo el mundo pensaba en él como en una secta de jóvenes equivocados, liderados por un místico finlandés y una artista del grafiti que seguían resucitando las mentiras de los sesenta. Hubo un caso especialmente famoso, el de un chico abandonado en un bote de madera con un cartel que decía: «La Historia no se repite». El niño —que no era ningún bebé sino un rollizo ejemplar de unos siete años— fue solemnemente adoptado por el intendente y su familia en un intento por lanzar una nueva fase de reconciliación entre la sociedad y los huelguistas.

Por lo menos, su madre no había optado por hacer nada tan espectacular o por dejarla en un lugar público, como el padre de Jimmy B, que lo había dejado atado a una estatua de Förster. Berenice sabía muy bien lo que le esperaba si alguien llegaba a darse cuenta de que se había convertido en una abandonada. La imagen de Jimmy B en un rincón del gimnasio con la cara pintada de todos

los colores —la témpera y el engrudo chorre ndole por la espalda desnuda— terminó por convencerla de la necesidad de un plan.

Al mediodía del cuarto día había logrado que una esperanza sobreviviera a la sospecha de los anteriores: seguramente su madre había ido a visitar a Dorotea, aquella amiga de la que hablaba todo el tiempo. Dorotea vivía en Guatemala y tenía muchísimo dinero. Berenice la imaginaba sentada sobre una pila de billetes a la sombra de una palmera. Ella y su madre habían ido juntas a la escuela hacía ya mucho tiempo. Pero era difícil visitar a Dorotea porque ella misma se la pasaba viajando. Era más probable que Emma Lynn hubiera decidido ir a ver al hombre del clavel. También podría haberlo llamado «el hombre del museo», porque ahí lo había visto por primera vez, pero como un tiempo después había aparecido en la subasta y había comprado el Gloria Artificialis, Berenice seguía asociándolo con la flor. Era un hombre alto y delgado, de pelo blanco. No había parado de llamar a la florería desde entonces. Y su madre había recibido al menos dos postales en las que él la llamaba «Querida Celeste», y había escrito en una o dos líneas «por favor» y «todavía espero». Bien podía ser que al fin se hubiera decidido a ir a verlo. Pero si era así,  por qué no había vuelto? No, más probable era que hubiera ido a visitar a una amiga.

Pero al subir los últimos escalones, Berenice record  que toda la ropa de su madre —incluso el vestido amarillo— estaba todavía en el clóset detrás de la puerta de entrada. Aunque le costara admitirlo, sabía que no había ninguna posibilidad de que Emma Lynn Brown se hubiera ido de viaje sin su vestido de la suerte o que abando-

nara las plantas de la florería. Tampoco estaba ahí, Berenice lo había verificado la primera tarde. Había ido hasta el negocio segura de que su madre se habría quedado trabajando en algún experimento. Pero solamente había encontrado el orden oscuro de las flores.

También las cremas para las arrugas seguían ordenadas en el estante del baño. Emma había gastado casi la mitad del dinero de una venta al gobierno municipal en esos potes mágicos. Los había puesto uno al lado del otro en el orden que correspondía: primero la crema de contorno de ojos, que era la que toda mujer de más de treinta tenía que usar si no quería llegar a los cuarenta como un trapo usado; después la crema de día, que actuaba mejor en las mañanas, aunque la cara de Emma quedaba brillante y pegajosa por un rato como si la hubieran untado con manteca, y, por último, la de la noche, la más poderosa de todas, la que las mujeres que ya no podían tener hijos tenían que aplicar con especial cuidado porque ya habían entrado en esa zona de la que no se vuelve, ese lugar que algunos llamaban tercera edad y otros simplemente vejez y al que Emma llamaba el país de los muertos vivos.

Lo primero que Berenice hizo al entrar al departamento ese jueves fue bajar las cortinas: tenía que hacer un inventario y no quería que sus vecinos lo supieran, mucho menos el señor Müller, que podía aparecer en cualquier momento preguntando por su madre. Se subió a una silla y fue colocando las latas y los frascos de las alacenas sobre la mesada de la cocina. Según sus cálculos, todavía tenía comida para muchos meses. Al menos hasta el final del invierno. Debajo del sofá cama en el que dormía su madre, encontró algunos billetes y un anillo que

nunca antes había visto. Emma tenía una caja con forma de corazón en la que guardaba sus joyas. Berenice siempre la ayudaba a elegir las que mejor completaban sus vestidos. Estaba segura de que su madre nunca había usado ese anillo. Era una cinta dorada y fina sobre la que se esforzaba un escuálido brillante. Se quedó sentada un buen rato haciéndolo girar entre sus dedos. Seguramente con eso podría sobrevivir por mucho más tiempo.

Tan rápida como ese pensamiento fue su mano avergonzada, que se cerró sobre el anillo y lo escondió detrás de su espalda en un instante. Una risa descontrolada le subió desde muy abajo del vientre y Berenice se rio con los puños cerrados y los ojos secos, revolcándose sobre las sábanas que olían a fijador de pelo.

Otra parte importante del plan era seguir hablando. Nadie creería que un departamento como el de ellas, donde ollas y sartenes competían con los gritos y las carreras, de pronto se volviera tan silencioso. Dejó de reír, envolvió el anillo en un pañuelo rojo y lo regresó a su lugar, debajo del colchón. Se paró con los brazos en las caderas y, mirando hacia el hueco que había ocupado su cuerpo entre las sábanas, empezó a regañarse con voz grave y airada. Puso especial cuidado en llamarse «degenerada» y «pequeña ramera», dos palabras que había tenido que buscar en el diccionario la tarde en que Emma la había sorprendido jugando con el agua.

Si hubiera sido verano, hubiera podido jugar afuera. No había nadie para impedirselo. Hubiera podido enroscarse en la manguera como una víbora y bañarse de pies a cabeza en esa cascada mayúscula que inundaba el patio de los departamentos. Hacía poco había descubierto la delicia del chorro entre las piernas, y hacia allí lo dirigía

casi con demasiada cercanía; el agua golpeaba como una mano dura y dulce y Berenice llenaba ese hueco de carcajadas y contorsiones que hubieran querido lanzarla fuera de su cuerpo, fuera de su historia y el mundo. Hasta que Emma se lo había prohibido.

Es que Berenice creía en el agua. Su idea del paraíso era un lugar confuso de oleajes y espumas. Pero en lugar de soñar con un lago o una casa junto al mar, soñaba con un diluvio que transformara la ciudad en un laberinto acuático, en el que la gente tuviera que desplazarse en canoas y vapores o, mejor aún, una ciudad en la que todo el mundo viviera en barcos. Una casa barco era, sin duda, su casa ideal. Ni siquiera debía ser demasiado grande, bastaba con la suntuosidad de las olas para imaginarla un palacio móvil. La lluvia, el baño y el juego del agua eran sustitutos para cuando llegara ese magnífico momento y, siempre que las cosas no marchaban como ella hubiera querido, optaba por alguna de esas formas de la felicidad. Pero era otoño —y uno bastante frío—, no tenía ganas de bañarse y Celeste llevaba cuatro días desaparecida.

Su madre odiaba que Berenice la llamara Celeste. Decía que nadie tenía permitido usar ese nombre. Ni siquiera el hombre del clavel. «Querida Celeste», «Querida Celeste», gritó entonces Berenice, corriendo hacia el clóset, donde hundió la cara en los vestidos y tapados de su madre. Inmediatamente volaron estolas y zapatos, bollos de medias y bufandas, hasta el viejo tapado de piel marrón con su cargamento de naftalina. Tuvo tiempo todavía de arrojar hacia el techo los pañuelos de seda, que se retorcieron brevemente como tristes serpentinas. «Ce-less-te», gritó con el poco aliento que le quedaba y atravesó el cuarto en un segundo. Justo antes de que la mano ficticia de su ma-

dre encontrara alguna de las trenzas en su cabeza, llegó a refugiarse en el rincón detrás de la cómoda.

La huida triunfal trajo de vuelta la risa. Y en ese rincón oscuro, abrazada a sus rodillas, sobre las que un largo hilo de baba se formó rápidamente, Berenice se quedó dormida.

Despertó casi inmediatamente. Un rayo de sol entraba por la ventana. Había dormido nada más que unos minutos, pero le costó volver a entrar en el presente de su plan. Si por ella hubiera sido, hubiera encendido el televisor y se habría olvidado de todo. Pero si no quería terminar como Jimmy B., no podía perder tiempo. De todos modos, no daban nada bueno a esa hora de la tarde.

Salió del departamento con cuidado de no ser vista. Decidió no intentar el cementerio. No quería gastar sus pocos recursos en un solo día. El cementerio no era tan fácil como el juego de la supervivencia, en el que había que aguantar toda una semana sin gastar el billete de cinco que guardaba en el bolsillo. Pasaba por todo tipo de pruebas y tentaciones (la tienda de galletas, helados o caramelos) hasta que el billete encontraba su destino en algo nuevo, no en los viejos y conocidos bastones de azúcar o chocolate. El cementerio era igual que el juego del agua: había que guardarlo para cuando la situación fuera realmente desesperada. Y en ese momento en que el sol bajaba suave entre las copas de los árboles y ella caminaba por la avenida envuelta en su abrigo verde, nada parecía desesperado.

Lo único que Berenice realmente necesitaba era un pariente que apareciera de vez en cuando por el departamento y certificara que su madre lo había dejado a cargo de la niña mientras visitaba a su gran amiga Dorotea.

Un pariente era más fácil de conseguir que un padre.
Que una madre.
Que un billete de cinco.
Y la calle estaba llena de posibilidades.